

B. TORALINA - Madrid

«Al año de conocerle, me convenció de que era imprescindible en mi vida, que no había nadie más», recuerda Olga Xanada. Hoy tiene 45 años, pero su vivencia se remonta tiempo atrás. Conoció a su pareja con sólo 18 años. Escudilla con su hermana y un día le invitó a ir al pueblo. Pronto empezó a salir con él y cuando tenía 24 años se casó. «Ahora sé que me maltrató desde el principio, pero un ratito en la relación no fui capaz de darme cuenta hasta que puse punto y final». Paréntesis, ya había vivido 16 años al lado de un hombre que, sin darse cuenta, le había puesto un «bata» invisible. Olga cuenta su caso porque casi siempre que se escribe sobre violencia de género se dan cifras de mujeres asesinadas o de personas que no han superado esta pesadilla. Ella es un ejemplo de que de la violencia de género se puede salir si uno recibe la ayuda necesaria. Y ser feliz.

Nada más casarse se fueron a vivir a un pueblo de Guadalajara. Pero su aislamiento comenzó mucho antes. «Al principio es todo atenciones, regalos, viajes, y sobre todo, quería saber de mí. No era consciente de que me estaba conociendo para que le contase todo sobre mí. Es entonces cuando poco a poco empieza a hablar mal de mis amistades, de mi familia, para aislarne de ellos. Me dio motivos suficientes para que pensase mal de que era todo el mundo y que él era el único que me quería». Llegó un momento, cuando Olga aún vivía en casa de su madre, que salir a la calle era un problema. «Recuerdo que si salía a comprar tabaco, descolgaba primero el teléfono para que pensase que estaba hablando con alguna amiga, mientras era mejor que pensase que estaba por ahí con alguien».

Esta sumisión «económica» no le costó ningún trabajo. No había pasado ni un año y ya ya iba solo con él, vestía como quería él. Los tirantes, las faldas, los escotes estaban prohibidos. También decidía cómo me tenía que peinarme, hablarme con cola de caballo. Ah, y nada de tacones... Y primero le preguntamos: «Mira, eso sí, con tonos naturales, pero algo sí», recuerda asombrada.

Sus hijos familiares aún contaban. «En alguna ocasión mi familia me decía algo muy suave sobre el, sus celos, su tristeza... Yo le defendía porque él me había convencido de que era imprescindible en mi vida y de que no había nadie más. De mí madre decía que no se preocupaba de mí, de mí padre, que no me quería. El

Violencia psicológica

1 de cada 4 mujeres en España ha sufrido violencia psicológica a lo largo de su vida

En 2014, esta violencia afectó a un 9,2% de las mujeres

Consideran que las desigualdades de género son grandes o muy grandes

De 15 a 29 años

De 30 a 49 años

De 50 a 69 años

De 70 a 89 años

De 90 años o más

De 15 a 29 años

De 30 a 49 años

De 50 a 69 años

De 70 a 89 años

De 90 años o más

De 15 a 29 años

De 30 a 49 años

De 50 a 69 años

problema es que te lo crees y te asustas de todo y de todos». Sufrir lo se cercor aún más cuando se fue a vivir a un pueblo de Guadalajara. Su familia venía a verla, pero con él todo se convertía en una tragedia. Pero venían a verme a pesar de sus malos caras. «El maltrato físico en estos 16 años fue muy poco, porque creo que con el psicológico era ya suficiente. Yo era demasiado sumisa. Si recuerdo que me daba algún toque de atención, un pellizco o una patada por debajo de la mesa que nadie ve, si me iba la pata o decía algo que no le gustase».

Eso en comillas o cenizas familiares, aunque su vida se limitó a cuatro paredes. Al salir de Madrid, dejó su trabajo en una escuela infantil, él ya no quería que trabajase. Y las pocas veces que Olga se enteró que una vez me empujé en trabajar como monitora de excursiones en un zoo de Torrejón. Ahí no le gustaba. Y como me pagaban, venía a buscarme y había que ir si o sí a gastarse a un bar para demostrarle que eso no era nada, que lo que yo ganaba sólo daba para unas calzas».

Es entonces cuando Olga se queda embarratada, y de trillizos, nada menos: dos niñas y un niño. «Alaccer los niños vivíamos en un primer. Recuerdo que si él no quería salir no salíamos. Estuve una o dos semanas sin salir de casa porque él no quería. Sacaba los pequeños al balcón para que les diera la luz y el aire. Ni sabía a hacer la compra, la hacía él. Estuve más de una década sin salir de casa si no iba con él».

Olga aguantaba. Hasta que un día, puso punto y final. «Si los últimos años fueron malos, el último fue bestial. Oía la cerradura, sus pisadas y me moría de miedo. Tenía un cuchillo debajo de la almohada por si me hacía algo para defenderme y eso sin darme cuenta de que era un maltrato. Un día llegó a las 03:00 de la madrugada. Me quedé esperando despierta. Esto que hice es algo que quiero que quede claro que no se debe hacer, hay que tomar distancia. Pero ese día no podía más. Le pedí explicaciones por la hora a la que llegaba y se enfadó aún más y me acusó que me hizo el gesto que siempre me hacía de que me iba a cortar el cuello. Nunca lo decía, sólo hacía el gesto. No pude más y me fui a la cocina, cogí un cuchillo y le dije toma, dándoselo, pero no me atreves más. No sé porque le di el cuchillo, pero fue algo así como decir me rindo, ya basta».

«SI EL NO QUERÍA SALIR, NO SALIAMOS. ESTUVE MÁS DE UNA DÉCADA SIN SALIR DE CASA SIN ÉL»

TRAS DOCE AÑOS Y UN PROCESO DE RECUPERACIÓN, OLGA HABLA DEL INFIERNO QUE VIVió

SU PAREJA NO QUERÍA QUE TRABAJASE Y SI ESTABA LEJOS, SIEMPRE IBA A BUSCARLA AL SALIR

Es entonces cuando Olga se encierra en la cocina y llama a la Policía con un teléfono fijo. El móvil se lo había roto su maltratador al darse cuenta de que tenía la grabadora puesta. «Necesitaba que alguien lo oyera».

Olga tomó entonces la que fue sin duda la mejor decisión de su vida. Romper con una relación que sólo le producía soledad, malas palabras, amenazas y miedo. Esa noche, su marido fue detenido por la Policía y, tras un juicio rápido, condenado. «Como se declaró culpable le condenaron a dos años y ocho meses».

Hoy ha tramitado un divorcio ya a los 12 años de esto, lo tengo superado y asumiendo, puedo hablar de ello», asegura. La fuerza de sus palabras se entrecorta al recordar las cosas que más le dolían. «Una de ellas es cuando, al preguntarme algo, no me contestaba, era un vacío absoluto. Me miraba como riéndose y me decía, sin responder a mi pregunta, me nos mal que me lo preguntaras a mí porque esto se lo preguntaras a otro y se me da de ti. Esos silencios eran lo que más me dolía, y también cuando estábamos viendo la televisión

«¿CÓMO RECONOCERLO?»

Abuso verbal

Abuso económico

Aislamiento

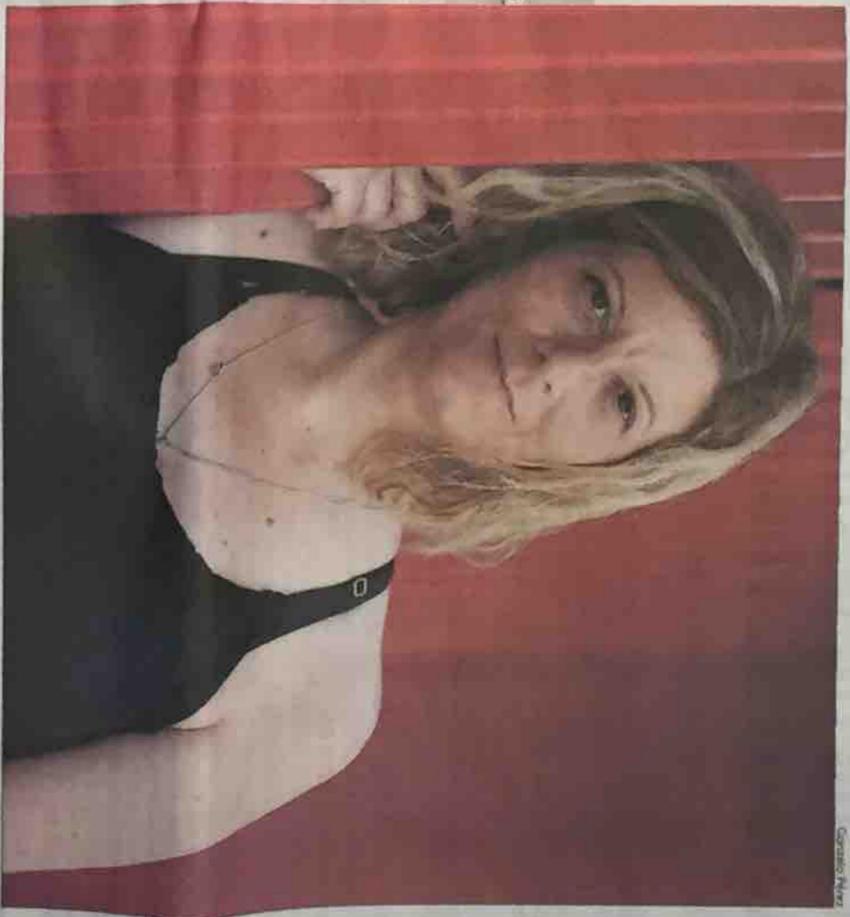
Amenazas

Desprecio y abuso emocional

Negación, minimización y culpabilización

El «burka» invisible de Olga

No podía salir de casa. Cuando sus trillizos tenían dos años aún no habían pisado un parque infantil. Su maltratador le decía como tenía que vestirse: tirantes, escotes y faldas prohibidos, y hasta cómo peinarse. Una pesadilla que duró 16 años, pero de la que, con ayuda, salió



y viendo la mano muy rígida. A pesar de que nunca me dio palizas tremendas, yo me encogía y me tapaba. Al mirarle, veía que me sonreía y me decía si creía que me iba a pegar».

Tras llamar a la Policía e interponer la denuncia, Olga accedió a la Federación Nacional de Asociaciones de Mujeres Separadas y Divorciadas (314 41 85 80). «Recuerdo que cuando llegué no reconocía nada, no pronunciaba ni palabra maltrato». «Al principio lo pasé mal, porque le avergüenzas de todo, no te atreves a hablar y puestas el tiempo descubres que hay personas igual que tú. Es entonces cuando te sientes a gusto, te atreves, empiezas a hablar. La gente piensa que cuando termina una relación en la que ha habido violencia de género y después de ver a esa persona te reconocen, ojala. Se necesita una rehabilitación integral, llevada a cabo por personas especializadas en la violencia de género, y eso es lo que tiene el centro. Tienen trabajadores sociales, psicólogos, abogadas, pero es que hasta los profesionales de cocina, lavandería y mantenimiento son personas muy preparadas para estar con mujeres maltratadas».

Recuperación lenta

«La recuperación es poco a poco. El trabajo que hacen es muy laborioso, pero si tú no estás dispuesta a trabajar también no sales». «Cuando llevas ya un tiempo, de repente te da un subidón enorme y haces cosas que antes no podías, a mí me dio por comprarme ropa como una loca e ir a la pizzería, a hacerle. Es una sensación de libertad absoluta, poder ir a tomar un café con una amiga o llevar a mis hijos al parque», recuerda con un hilo de voz. Las palabras se le entrecortan. «Sórtame con ellos en el suelo, montarme los columpios, comprar cerezas y comérmelas con ellos, son cosas que vienes con mucha intensidad».

En ese momento ya somos dos con la voz entrecortada. Sentir como especial cosas habituales denota el maltrato psicológico que sufrió Olga. Pero vuelve a hacerse fuerte. «El primer día que fui a la pizzería fue muy especial, fui con un bikini, que era un poco de abuelita, pero era un bikini. Recuerdo cuando pisé la hierba. Fue algo especial». Así pisó el tiempo, hasta que a los 17 meses de estar en el centro ya había conseguido normalizar las cosas que eran habituales, saber qué era, estaba preparada para salir y dejar una pizza al libre para otra mujer».

Allí aprendió que no era bueno educar a mis hijos en el odio, entre otras cosas. Unos consejos, una base, que le vinieran bien cuando comenzaron las visitas en el punto de encuentro. Y eso que nunca le di el número de teléfono de emergencia. Las semanas pasaban, sabiendo que el fin de semana los pequeños le van a decir que «papá dice esto de tí, que quiere saber si tienes pareja. Hasta que un día, cuando ya dos de sus niños en el punto de encuentro decían que no iban con él, llegó dentro al establecimiento, preguntó: «¿Hay un grupo en una cruce con otro coche. Se le despidió el patechobos y sintió se cayó del asiento. Me imaginó cómo iría. Pero en el punto de encuentro escribieron dándole que ella fiertemente alcohol pero que no presentaba síntomas», recuerda. «Puse una denuncia y un abogado pidió suspensión cautelar hasta celebración del juicio. Un año y medio después me llamaron para renunciar las visitas. Pero él ya nunca reapareció».

Olga lleva ahora una vida feliz, se dio la oportunidad de conocer a alguien en su vida. Y ha dado también un patito a sus, y a tres, sino cuatro hijos.

LA VIDA REAL TRAS EL MALTRATO

Al salir del centro, Olga empezó a trabajar en archivos de hacienda dentro de un programa del INEM de inserción laboral para víctimas de la violencia de género. Allí conoció a su pareja actual. «Al principio hasta él se reía porque se daba cuenta de que lo estaba amañando. Y es que pasó mucho tiempo pensando que todos los hombres eran iguales lo oyera».

Olga tomó entonces la que fue sin duda la mejor decisión de su vida. Romper con una relación que sólo le producía soledad, malas palabras, amenazas y miedo. Esa noche, su marido fue detenido por la Policía y, tras un juicio rápido, condenado. «Como se declaró culpable le condenaron a dos años y ocho meses».

Hoy ha tramitado un divorcio ya a los 12 años de esto, lo tengo superado y asumiendo, puedo hablar de ello», asegura. La fuerza de sus palabras se entrecorta al recordar las cosas que más le dolían. «Una de ellas es cuando, al preguntarme algo, no me contestaba, era un vacío absoluto. Me miraba como riéndose y me decía, sin responder a mi pregunta, me nos mal que me lo preguntaras a mí porque esto se lo preguntaras a otro y se me da de ti. Esos silencios eran lo que más me dolía, y también cuando estábamos viendo la televisión



EN SANTANDER UNIVERSIDADES APOYAMOS A LOS ESTUDIANTES DE HOY

porque ellos son nuestro mañana

TARJETA UNIVERSITARIA INTELIGENTE (TUI)

- Consulta de datos académicos.
- Acceso a instalaciones universitarias.
- Descuentos en comercios.
- Firma electrónica.
- Retirada de efectivo y pagos.
- Préstamos de libros en biblioteca.
- TUI en el móvil.

Santander UNIVERSIDADES